

Miedo en tus ojos

V Concurso de microrrelatos
Ojos Verdes Ediciones



Ojos Verdes Ediciones

Diseño de portada: Ojos Verdes Ediciones

© Ojos Verdes Ediciones
www.ojosverdesediciones.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los autores y de Ojos Verdes Ediciones, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45)

ISBN: 978-84-16524
Depósito legal: A 580-2018
Noviembre de 2017

Editado por Ojos Verdes Ediciones
Impreso en España

Acoso obsesivo

Juan Fran Núñez Parreño

Tras haber disparado doce balas, todas las que llevaba el cargador de su arma, al malvado ser que ha estado acosando y amenazando de muerte, tanto a ella como a su familia, diariamente, por teléfono, durante el último año, Ana llega a su casa muy nerviosa. Después de haber matado a ese engendro, porque no se le puede llamar ser humano, ya no le importa si la policía acaba descubriéndola y la encarcelan, porque saber que ese monstruo por fin está muerto, para ella es el mayor de los consuelos. Tomó todas las precauciones posibles, usó guantes, le puso silenciador a su pistola y se ha llevado todos los casquillos, tal y como siempre ha visto en las películas de asesinatos, así que piensa que las probabilidades de que la pillen son muy escasas. Por fin podrá dormir tranquila por las noches y podrá caminar por la calle sin tener que estar mirando hacia atrás constantemente. Exhausta y empapada en sudor entra en el baño para darse una ducha e intentar relajarse después de haber corrido durante más de una hora hasta su casa desde el parque, lugar donde sucedió todo y en el que lo citó para decirle que, al final, había decidido acceder a sus deseos sexuales. Mientras se desnuda rompe a llorar por la tensión acumulada, retira la cortina para abrir el grifo del agua y allí la está esperando su acosador, mirándola fijamente, totalmente ensangrentado, con un cuchillo en la mano, dispuesto para matarla.

La novia

Carlos Téllez Rodríguez

Una agraciada joven, de la alta sociedad, en un viaje de vacaciones a Acapulco se enamoró de un muchacho de la clase media. El apuesto galán la visitó varias veces. Cuando llevaban un año de relaciones decidieron casarse.

La boda fue anunciada por la prensa. Iba a ser un gran acontecimiento de la burguesía. Treinta minutos después de la hora de celebración, decenas de familiares, amigos y personas importantes colmaban la iglesia y el novio aún no había llegado. Fotógrafos y periodistas estaban a la expectativa. Quince minutos después fueron a buscarlo al hotel y no lo encontraron. Dieron parte a la Policía.

Los medios estaban a la caza de la noticia del plantón de la novia y publicaron lo que le había sucedido al prometido, quien celebró su despedida de soltero, con un harén de prostitutas y amigos coterráneos. Se excedieron en tragos, drogas, lujuria; y se les olvidó el casamiento.

Pasada una semana el novio se repuso. Se llenó de coraje y fue a darles la cara a su novia y familia para excusarse y enmendar su culpa. Lo recibió el padre de la dama, pasaron a su despacho para conversar. Cuando salieron del recinto, en la sala lo estaba esperando ella, vestida con el traje nupcial y una escopeta en la mano. No lo dejó pronunciar palabra. Le disparó al pecho a cuatro metros de distancia y, mientras caía, se acercó y le hizo un segundo disparo en la cabeza. Murió al instante.

La espera

Pepe Ramos

Han abierto la puerta, por fin. He perdido la noción del tiempo aquí encerrado, a pesar de la oscuridad total que reina en esta mi prisión, los ojos se han adaptado a ella. Los pasos de quien ha entrado resuenan sobre el suelo de tierra, eso no es posible, sin embargo, los oigo. Se dirige a la ventana, solo espero que no abra la persiana, si entra luz del sol no la soportaría, ya me he acostumbrado a la penumbra.

—Vaya, sigues vivo —dice con una voz profunda—, entonces me sentaré a esperar, no tengo prisa.

No sé quién es, tan solo distingo una figura vestida de negro, lleva algo en la mano, pero no sé qué es. Mis temores se hacen realidad, abre la persiana un poco, lo justo para que la tenue luz que entra ilumine vagamente la estancia. Duele. Apenas tengo tiempo de ver cómo coge una silla, la arrastra hasta colocarse frente a mí. El objeto de su mano brilla cuando el sol incide sobre él.

—Ya te queda poco.

Su voz es poderosa, pero su aliento es fétido, no lo soporto.

—¿Quién eres? —balbuceo.

—Tu amiga la muerte.

Sonrío, llevo deseándola desde hace días.

El sótano

Javier Lobo

El chico estaba sentado en una silla desvencijada que crujiía de manera lamentable cada vez que su torso oscilaba en un torpe intento por no volverse a caer. No pasaba demasiado tiempo cuando, apenas sí había recuperado algo de estabilidad, ya estaba recibiendo un nuevo golpe que amenazaba con derribarlo de nuevo.

Mareado, alzó la cabeza, sintiéndola tan pesada como si fuera de plomo. Tenía un ojo inflamado de tal manera que parecía más una grotesca mandarina. Las narices parecían unas horrendas berenjenas sanguinolentas por las que no cesaban de manar fluidos.

El hombre lo miró, sintiéndose poderoso desde su atalaya de invencibilidad. Ya no era él quien sufría el miedo de los demás, quien tenía miedo incluso de respirar; de hecho, ahora se sentía como un monstruo, un verdadero amo del universo al que todos debieran temer y reverenciar.

Le agarró por un mechón del cabello, jalando hasta que levantó la cabeza. El ojo que aún tenía operativo estaba blanco, vacío de mirada alguna, como si estuviera ausente de todo aquello; la mandíbula se le había descolgado, dejando caer una baba sanguinolenta al suelo, a sus pies, que poco a poco fue emitiendo un monocorde goteo que inundó el aire de la estancia.

—No tienes derecho a vivir —le dijo su captor, remarcando un profundo desprecio en cada palabra. El muchacho esputó

Ruleta rusa

Jesús Francés Dueñas

La vi por primera vez decodificando la lluvia por Gran Vía, leyendo entre cortinas de agua el futuro de los transeúntes. Buscando entre los números de autobuses alguna cábala orientativa del devenir intransferible de los hombres. Encontrando candidatos entre la carne fresca de usuarios sin casco de BiciMAD, entre prostitutas ateridas de frío por Marconi, en las camas de urgencias de la privatización, en los cajeros hospitalarios de los bancos desahuciadores, en las farmacias sin morfina y en la muerte súbita de sarampiones sin vacuna. La última vez que la hablé había encontrado acomodo en mi taxi cuando le pregunté adónde y me susurró que las brujas siempre tienen hambre.